AMÉN (NOVELA CORTA)

PRIMERA PARTE

Me llamo Maurice Lesage. Tengo 42 años y dentadura completa. Vivo en un pueblo holandés y me gano la vida como empleado en una galería de arte. Me gusta mucho este trabajo porque me permite todas clase de cuadros. También pinto. Soy un autodidacta, sin la ayuda de nadie. Finalmente, Picasso, Dalí, Migritte y muchos otros me han ayudado algo. Copio sus obras. Así, estoy seguro que el público me va a apreciar. De todas formas, estos hombres no viven ya. No pueden volver a prohibirme que robe sus creaciones. La gente está contenta de mi trabajo, eso les impide tener que desembolsar una fortuna por un cuadro.

Vivo un gran amor. Casi. Digo eso cada vez que me encuentro con una mujer. A dos meses de pasión le siguen el encuentro y después, ellas descubren espontáneamente que no soy el hombre para ellas, que soy muy gentil, muy simpático pero que bla bla bla...Se debería inventar un libro para dar nuevas ideas a las mujeres: ¿cómo romper sin hacer daño? O ¿cómo romper con originalidad?

Finalmente, volvamos a Maryse, mi media naranja. Hoy, celebramos nuestros dos meses de encuentros intensivos. Así es como todo pasa o se rompe. Tenemos encuentros o citas en el restaurante de la esquina. Como de costumbre, llego media hora antes. Con un bella flor azul en la mano, me dirijo a la mesa. Es normal que aguarde mucho tiempo dada mi proverbial puntualidad, pero cuando acabo mi tercer café, comienzo a plantearme cuestiones. Ella llega con diez minutos de retraso, yo me pongo muy nervioso. Comienzo a tocar una y ora vez la flor hasta el punto que se aja en seguida. Desanimado, me pego a mesa pensando en lo que voy a hacer para merecer su aprobación. Resignándome, tras una hora de espera, abandoné el restaurante y comencé a recorrer las calles vecinas acordándome de todos los nombres... ¿Por qué yo, un hombre maduro de 42 años, no soy capaz de tener relaciones estables con una mujer? A menos que sea totalmente miserable, cualquiera tiene éxito en encontrar a su pareja, como suele decirse. Debe ser problema mío, de mi personalidad..

Decido tomar un camino desconocido que me lleva a una granja o casa de campo. Rumiando en mi interior o dándole vueltas a mi cabeza, veo una pareja abrazada cerca de una gavilla de heno. Tengo suerte. Para empeorar mi desgracia, me encuentro ante la felicidad de los otros. ¡Fantástico! Al intentar no mirarlos de frente, les lanzo mirada furtivas. Cuanto más me acerco a la pareja en cuestión, tanto más me doy cuenta de que la joven me era familiar. Pondría la mano en el fuego de que se trataba de Maryse. Decididamente, cuanto más avanza la jornada, tanto más las desgracias se acumulan en mí. El chico que está con ella me es desconocido. De hecho, nunca lo había observado. Puede que fuera mi mejor amigo y que no había reconocido. Una sola persona ocupa mi visión y es mi amiga pretendida.

Debo abandonar los lugares al instante. No puedo soportar esta traición por más tiempo. Debo tener la cabeza de cornudo. Al verme, las mujeres deben decir: Mira, ahí tienes a un hombre al que se le puede engañar fácilmente. Está escrito en mi frente."

¿Hacia quién puede dirigirme para sentir que existo? Podría tomar contacto con mi hermano al que no he visto desde hace muchos años. Sí, es una buena idea. ¿Quién mejor que alguien de mi propia sangre para que entienda mis problemas? Desde el instante en que legué a mi domicilio (una pequeña habitación de alquiler), me puse a redactar todas mis angustias. Dios mío, he llegado a la cuarta página y me quedan muchas cosas que decirle. Bien parémonos aquí, no quiero al menos aburrirle con tantos problemas.

Dos semanas más tarde, recibo una carta de Theo, mi querido hermano. No ha perdido el tiempo. Veamos esta misiva. En primer lugar, me dice alguna noticias. Me contó que se había divorciado de su mujer. Eso viene de familia, esta incompatibilidad con los miembros del sexo opuesto. Debo confesar que estoy completamente trastornado cuando leí que se había hecho monje después de su ruptura. Theodore nunca había creído en Dio. Continué la lectura. Para la solución de mis problemas, me aconseja que ponga todos mis problemas en manos del Señor. Esperaba todo menos eso. Pero, ¿qué tengo que perder?. Haría cualquier cosa con tal de salir de este callejón sin salida.

SEGUNDA PARTE

He aquí por qué, un sábado por la tarde, voy a la iglesia de mi barrio.Hace cinco años qque vivo en el mismo apartamento y jmás he puesto los pies en la iglesia de mi barrio. Fuera, veoa un hombre que me mira durante mucho tiempo. Le pregunto si se ha cruzado conmigo alguna vez. Me responde que no, pero que detecta en mí un sentimiento malo que hay que expulsar cuanto antes de mi cuerpo. De pronto, creo que está algo paranoico. No hacía nada más que cinco minutos que me había encontrado con él y me psicoanaliza como si me conociera desde siempre. Es verdad que psicológicamente soy muy zozobrante pero creo que todo eso no está escrito en mi rostro.

En fin, he venido aquí para buscar ayuda, ¿sí o no? Si quiero ayudarme, sería preciso que me dejara de hacerme mil y una preguntas. El hombre me pide que siga mi vida interior.. No pregunto nada mejor ya que hace frío fuera. Llegados a la iglesia, comienza predicándome sobre la historia de la Biblia de modo exhaustivo. Tras 20 minutos, lo detengo y le digo que busco a alguien con quién hablar porque quiero reconciliarme con la vida. Me responde que Cristo es el indicado y justamente por eso él quería contarme su vida en seguida para identificarme después con él. Contento de haber encontrado alguien con quién compartir mis sentimientos más negativos, me puse a escuchar religiosamente (hay que decirlo) la historia que tanto odié durante mi juventud.

Hace exactamente dos horas que me he sentado en el banco de una iglesia y mi fe. Me siento bien. El hombre ante mí me escucha con una forma comprensiva y me da consejos encomiando los valores cristianos. Me siento comprendido en mi desgracia y veo por fin la luz al final del túnel. Veo sin embargo, la fatiga en los ojos de mi interlocutor y le sugiero que detenga nuestro encuentro. Me invita repentinamente a hacer vela al día siguiente para compartir otros momentos de la vida de Jesús que podrían ayudarme a controlar mis angustias. Acepto en seguida y le deseo una buena noche captando las coordenadas del lugar en donde nos debemos encontrar.

Al día siguiente por la mañana, en el alba, voy al lugar indicado por mi salvador, Pierre. Se hizo rebautizar para llevar el nombre de uno de los apóstoles de Jesús. Quiere mostrar que Cristo está con él, en él. No creo que mi fe vaya a ir hasta ahí pero, por el momento, me siento valorizado en esa religión cristiana. Espero pues impacientemente la llegada de mi nuevo amigo. Lleva una sotana negra y lleva un rosario grande moreno. Hecho extraño, ha traído su kha de herramientas. Se lo hice observar y me respondió que las emplearía para mostrarme algunas cosas que nuestro Mesías hizo y sufrió. De lo que más me acuerdo. Además de la crucifixión, ninguna herramienta se emplea en la narración bíblica. Pero debe ser mi memoria la que me falla.. Pierre conocía esta historia mucho mejor que yo.

Mi compañero quiere ante todo mostrarme las hazañas que hizo Jesús: Su marcha por las aguas. Extrañado que él se subiera la sotana hasta sus rodillas, le especifico que él no podría repetir estas hazañas. A menos que el agua del lago se llene de sal, no creo realmente que Pierre pueda andar sobre el agua. Después de mi interrupción, me mira fríamente, con mirada fija. Creo que si sus ojos hubiesen sido flechas, hubiera muerto en el acto. Me resigno a callar pensando que este amigo creyente y realmente susceptible. Lo veo, sin embargo, entrar en el agua al ver claramente que él está DENTRO y no SOBRE el agua. No hago ningún comentario por miedo de que su rabia no se encienda contra mí. Le pregunto, sin embargo, si podemos hacer vela ahora que me enseñado el pretendido milagro sobre las aguas. También él me mira con malos ojos para hacerme tragar la saliva. Sale del agua (su sotana está medio mojada) y se dirige hacia las telas de vela de alquiler. Me arriesgo a preguntarle el coste para alquilar una, pero no contesta. ¿Quizá la vela le pertenece? Finalmente no quiero contrariarlo mientras que que no digo una palabra por miedo a meter la pata.

Llevábamos en el lago un par de horas cuando Pierre comienza a hablar. SE puso a hablarme de las acciones de bondad que Jesús llevó a cabo. Lo escuchaba atentamente a pesar de incidente incomprensivo que sobrevino de pronto. El sol se ocultó por el horizonte y llegamos a la orilla opuesta. Desembarcamos, felices de estar en tierra firme. No habíamos cenado cuando le mencioné que mi vientre estaba vacío. El me dice que el suyo también. Hicimos fuego para comer pescado que habíamos pescado durante el día. Durante la comida, Pierre me contó la crucifixión del rey de los judíos. Sus ojos estaban brillantes de emoción mientras hablaba, hasta el punto que aparté mi mirada de la suya. Al final del relato, la fatiga se apoderó de mí y me tendí directamente en el suelo.

Al día siguiente por la mañana. Cuando abrí los ojos, veo a mis pies una inmensa cruz de madera parecida a la que imaginaba en Jesús. Me levanté de un salto, y busqué con la mirada a mi amigo Pierre. No se encontraba. Comencé a ponerme nervioso hasta el punto que el sudor corría por mi frente y cara. En este instante, veo a Pierre que avanza hacia mí con aspecto diabólico. Tiene en sus manos una corona de espinas. Me dijo que las gotas que yo había sudado tenían otro color que la de mi sudor.